

Figuras “intelectuales” en Córdoba a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Hacia una delimitación analítica de la fracción intelectual de la elite cordobesa

[Intellectuals Figures in Córdoba in Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries. Towards an Analytical Delimitation of the Local Elite Intellectual Fraction]

María Victoria López

(Universidad Nacional de Córdoba – IDACOR – CONICET)

victorialopez84@gmail.com

Resumen

Este artículo intenta caracterizar la fracción intelectual de la elite en Córdoba a fines del siglo XIX y comienzos del XX, un conjunto de individuos que se autoconsideraban y eran reconocidos, al menos por un sector de la sociedad, como “intelectuales”. Pero para eso, primero es necesario referirnos a la elite en general, es decir, esbozar una caracterización histórica y sociológica, aunque somera, de las elites sociales, políticas, económicas y culturales; su composición social y las bases de su poder, así como considerar el peso de la inmigración. Tras la revisión de cierta bibliografía referida a la cuestión, se propone comenzar el análisis de figuras intelectuales a partir de sus prácticas, observando en el giro de siglo la multiplicidad de criterios existentes para el reconocimiento de esas figuras.

Palabras claves: Elites – Intelectuales – Córdoba – Fines de siglo XIX

Abstract

This article attempts to characterize the intellectual elite fraction in Cordoba in the late nineteenth and early twentieth centuries, a group of individuals who were self-considered and recognized, at least for a segment of society, as “intellectuals”. But for that, it is first necessary to refer to the elite in general, ie, outline a historical and sociological characterization, although rough, of the social, political, economic and cultural elites, their composition and their power bases and consider the weight of immigration. After reviewing some bibliography about the issue, an analysis of the intellectual figures is proposed from their practices, considering the multiplicity of existing criteria for the recognition of those figures at the time.

Keywords: Elites – Intellectuals – Cordoba – End of XIX century

Recibido: 03/03/2013

Evaluación: 02/05/2013

Aceptado: 16/07/2013

Figuras “intelectuales” en Córdoba a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Hacia una delimitación analítica de la fracción intelectual de la elite cordobesa¹

“¿Qué es un *intelectual*, pues en el lenguaje vulgar?... Un hombre que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido; un abogado que es a la vez *hombre de letras* porque ha escrito gacetillas en algún diario, que puede dar en el Ateneo una conferencia sobre Toxicología o acerca del bacillus de la fiebre amarilla (o de cualquier otro color) y que habla de las bellas artes con el mismo desenfado que de las acciones posesorias o de la patria potestad. Un *intelectual* en la moderna jerga es una enciclopedia viviente.”²

El epígrafe que encabeza estas páginas pertenece a *Gil Guerra*, seudónimo de José Menéndez Novella, redactor del diario *Los Principios* y escritor. Su irónica definición del intelectual apunta a un rasgo muy común de quienes se consideraban y eran considerados intelectuales en la ciudad de Córdoba en el giro de siglo: la multiplicidad de intereses y saberes, pero también sugiere la superficialidad y la pretensión. Aunque esta opinión sólo se comprende cabalmente enmarcándola en la disputa estético-disciplinar de las letras y la cultura locales en que estaba inmersa (su enfrentamiento con los jóvenes modernistas,³ con los incipientes “críticos” de arte especializados, con lo que concibe como *snobismo* de parte de la elite, etc.), y parece especificar un reclamo propiamente literario contra los doctores, nos sirve como disparador para preguntarnos: ¿quiénes eran los intelectuales en la Córdoba de fines del siglo XIX? Es decir, ¿quiénes se autoidentificaban y eran reconocidos como tales?

En este artículo intentaremos caracterizar la fracción intelectual de la elite en Córdoba, un conjunto de individuos que se autoconsideraban y eran reconocidos, al menos por un sector de la sociedad, como “intelectuales”. A partir del análisis de ciertas figuras y prácticas nos proponemos esbozar los criterios que definían la fracción

¹ Las cuestiones tratadas en este artículo fueron planteadas anteriormente en dos trabajos finales de seminarios: “Teoría social: sociología del conocimiento e historia intelectual”, dictado por el Dr. Alejandro Blanco en 2010 y “Problemas de historia social en la Argentina, 1880-1930. Referencias teóricas y discusiones historiográficas”, por el Dr. Leandro Losada en 2011. Agradezco a ambos los comentarios y sugerencias realizados en esas oportunidades.

² *Los Principios*, 5/11/1897. Destacados en el original.

³ Según él mismo explica, su seudónimo nace por oposición a *Gil Paz*, el de Leopoldo Lugones por esos años. Entre 1896 y 1899 publicó una serie de columnas críticas en *Los Principios* que estructuraban la oposición local al modernismo literario (*Dimes y directes*, *Chácharas*, etc.)

intelectual de las elites cordobesas de fines del siglo XIX y comienzos del XX.⁴ Para delimitar esta fracción, sin embargo, es necesario referirnos a la elite en general, es decir, esbozar una caracterización histórica y sociológica, aunque somera, de las elites sociales, políticas, económicas y culturales; su composición social y las bases de su poder, así como considerar el peso de la inmigración y los alcances y ritmos de la movilidad social del periodo.

Con la expresión “elites en Córdoba” que venimos empleando nos referimos, por el momento, tanto a una minoría rectora como a los estratos superiores de la sociedad cordobesa, sean cordobeses de nacimiento o extranjeros radicados en la ciudad. Este estrato superior, sugerimos, no se reduce exclusivamente a la elite económica o a la clase dirigente (política). Como en Buenos Aires y otras ciudades del país, la “alta sociedad” en Córdoba estuvo constituida por miembros de las elites políticas, económicas, sociales y culturales y los aspectos comunes que efectivamente compartieron –como en aquel caso, “los orígenes familiares, las tramas del parentesco, las referencias culturales, el mundo social”– son los que permiten considerarlas como un actor colectivo.⁵ Sin embargo, es posible reconocer diferencias entre los mundos económicos y políticos, sociales y culturales. Así, proponemos aquí una aproximación tanto al mundo de las elites en su conjunto como a una de esas porciones específicas, la intelectual.

Estado del arte, tamaño y composición de la elite

Si bien no podría decirse que faltan trabajos sobre el tema, la elite en Córdoba a fines del siglo XIX y comienzos del XX no ha sido objeto de un abordaje “integral” y a la vez específico en su enfoque; las investigaciones se han concentrado en algunos aspectos, funciones o roles cumplidos por ellas o, más bien, por alguna de sus fracciones.⁶ En

⁴ Como “nada es diáfano y unívoco en el vocabulario relativo a los intelectuales”, la primera aclaración que conviene hacer aquí es que la misma palabra “intelectuales” puede reunir diferentes sentidos a lo largo del tiempo y también en un mismo momento y que no consideramos su mera aparición o repetición como signifiante de un mismo significado. ALTAMIRANO, C., “Introducción general”, en *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo I, Buenos Aires, 2008, p. 8.

⁵ LOSADA, L., *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Epoque. Sociabilidad, estilo de vida e identidades*, Buenos Aires, 2008, p. XXII.

⁶ Como muestra de dicha producción, mencionaremos los siguientes estudios. En el plano de la historia política, se han estudiado las tradiciones políticas que animaron su accionar, la representación política y los sistemas electorales, las nociones de ciudadanía y la constitución del “régimen oligárquico” en CHAVES, L., *Sufragio y representación política bajo el régimen oligárquico en Córdoba, 1890-1912*, Córdoba, 2005 y *Tradiciones y rupturas de la elite política cordobesa (1870-1880). La clave conservadora de la modernización política*, Córdoba, 1997; PAVONI, N., *Partidos y clientelismo políticos en la Córdoba de entre siglos, 1890-1912*, mimeo, Córdoba, 2005; MOYANO, J., *Régimen oligárquico y transformación del sistema político. El caso de las élites conservadoras cordobesas de Argentina. 1890-1930*, Tesis de doctorado en Historia, El Colegio de México, México, 2006; FERREYRA, A. I., *Elite dirigente y vida cotidiana en Córdoba, 1835-1852*, Córdoba, 1992; ROMANO, S., *Economía y sociedad en Córdoba, 1830-1855. Grupos dominantes y poder político*, Tesis de Doctorado en Historia, UNC, Córdoba, 1993; ROMANO, S. y AYROLO, V., “¿Corporaciones, familias o ‘partidos’? La conformación de la Legislatura de la Provincia de Córdoba entre 1850-1855”, ponencia

general, estos trabajos sugieren *escasa diferenciación*, en tanto priorizan el señalamiento de los fuertes lazos intralite: por ejemplo, los estrechos vínculos entre elite urbanizadora y concesión de obra pública;⁷ el título universitario y el acceso a los cargos públicos;⁸ grandes comerciantes mayoristas y crédito público;⁹ asimismo, la experiencia del Ateneo de Córdoba (1894-1913), asociación sociocultural de la elite con pretensiones universalistas, sugiere tanto ese entrelazamiento y convivencia – habilitado en la asociación por la apelación a una “alta cultura” desinteresada–, como cierta *tendencia* a la especialización.¹⁰

En el periodo en cuestión, entonces, la elite en Córdoba aparece como un conjunto de gente relativamente pequeño, muy interconectado por lazos familiares (biológicos y rituales) y relativamente poco diferenciado. Sus miembros participaban de diversos ámbitos y vemos repetirse un cierto número de nombres entre gobernadores, intendentes y legisladores, grandes comerciantes y propietarios de tierras, profesores y académicos, y miembros de las principales asociaciones culturales y recreativas.

Si nos referimos al tamaño de este conjunto, efectivamente se trata de un porcentaje muy pequeño de la población: diversos estudios proponen cálculos estimativos de algunas porciones de la elite que, en general, rondan entre los 100 y 200 individuos, aunque esto sólo puede tomarse como una estimación sobre una población total de

presentada en las *Primeiras Jornadas de Historia Regional Comparada*, mimeo, Porto Alegre, 2000. Respecto a los procesos de industrialización y urbanización, ANSALDI, W., *Industria y urbanización. Córdoba, 1880-1914*, Tesis Doctoral, UNC, Córdoba, 1991; específicamente sobre el rol de la elite en la urbanización y algunas de las prácticas de enriquecimiento de la elite, BOIXADOS, M. C., *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870-1895. Elite urbanizadora, infraestructura, poblamiento...*, Córdoba, 2000 y “La ciudad en disputa. Prácticas de enriquecimiento de la elite dirigente a fines del siglo XIX” (pp. 37-70), en C. TCACH (coord.), *Córdoba bicentenario. Claves de su historia contemporánea*, Córdoba, 2010. En el plano económico, una caracterización de las principales actividades económicas a fines del siglo XIX en BEATO, G. (comp.), *Grupos sociales dominantes. México y Argentina (siglos XIX-XX)*, Córdoba, 1993; en el mismo plano, sobre el accionar de comerciantes mayoristas y minoristas y su diferente llegada al poder político, VALDEMARCA, L., *Comerciantes contra Mercados. Elites mercantiles y política en la Córdoba moderna*, Córdoba, 2003. Sobre la expansión asociativa y de una sociabilidad pública, ligada a la construcción de una esfera pública, VAGLIENTE, Pablo J.: *Sociedad Civil, Cultura Política y Debilidad Democrática. Córdoba, 1852-1930*, Tesis Doctoral, UNC, Córdoba, 2010. En diversos planos de la historia cultural, mencionaremos el trabajo de AGÜERO, A. C., *Local/Nacional. Córdoba: cultura urbana, contacto con Buenos Aires y lugares relativos en el mapa cultural argentino (1880-1918)*, Tesis Doctoral en Historia, UNC, Córdoba, 2010, sobre los contactos materiales y simbólicos entre Córdoba y Buenos Aires; y los de LOPEZ, M. V., *Elite letrada y alta cultura en el fin de siglo. El Ateneo de Córdoba, 1894-1913*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNC, Córdoba, 2009, e “Instituciones, asociaciones y formaciones de ‘alta cultura’ en el giro de siglo cordobés: entre universalismo y especialización” (pp. 29-49), en A. C. AGÜERO y D. GARCÍA (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, Córdoba/La Plata, 2010; respecto de la movilidad e integración social de inmigrantes a la sociedad local, SZUCHMAN, M., “The limits of the Melting Pot in Urban Argentina: Marriage and Integration in Córdoba, 1869-1909” (pp. 24-50), *The Hispanic American Historical Review* 57 (1), 1977. Traducción de Maristella Mungi, FFyH, 1991, y *Mobility and Integration in Urban Argentina. Córdoba in the liberal era*, University of Texas Press, Austin and London, 1980. Por último, mencionaremos el estudio de inspiración sociológica de AGULLA, J. C., *Eclipse de una aristocracia*, Córdoba, 1968.

⁷ BOIXADOS, M. C., *Las tramas de una ciudad... op. cit.*, 2000.

⁸ AGULLA, J. C., *Eclipse de una aristocracia... op. cit.*, 1968.

⁹ BEATO, G. (comp.), *Grupos sociales dominantes... op. cit.* .

¹⁰ LOPEZ, M. V., *Elite letrada y alta cultura en el fin de siglo... op. cit.*

aproximadamente 65.000 habitantes.¹¹ Por ejemplo, la identificación de quienes ocuparon cargos en los poderes legislativo y ejecutivo en el periodo 1835-1852 da como resultado 133 personas;¹² entre quienes ocuparon cargos en la legislatura del periodo 1852-1855 un total de 103 personas;¹³ la reconstrucción del corpus societario del Ateneo, en los años '90, identifica 133 miembros;¹⁴ la elite económica del giro de siglo analizada por Beato da por resultado un conjunto no mayor al centenar de individuos, entre diversas actividades económicas.¹⁵ En términos porcentuales, para Agulla la “aristocracia doctoral” en 1914 comprendía el 3 o 4% de la población total, dando un total de aproximadamente cuatro mil personas.¹⁶ Este cálculo, incluso para los primeros años del siglo XX, resulta elevado.

Por otro lado, en su análisis de la fracción intelectual de fines del siglo XIX y comienzos del XX, Agüero revela un posible porcentaje aproximado de esa fracción sobre la población total de la ciudad: un escaso 0,18% –entre 100 y 120 personas.¹⁷ Este cálculo reduce considerablemente el propuesto por Agulla y la diferencia aumenta al considerar que, mientras él toma como único indicador de la “aristocracia doctoral” la posesión del título universitario, Agüero no incluye a todos los universitarios (que llegan al 0,33%), y sí a un pequeño número de periodistas, escritores, editores y artistas que compartían una serie de escenarios y empresas intelectual-culturales. Si consideramos a los intelectuales como, genéricamente, “productores de bienes simbólicos” (según la propuesta de estudios de sociología e historia de los intelectuales),¹⁸ encontramos necesario incluir a esa población que sin duda se vincula con la producción, circulación y consumo de aquéllos y que no necesariamente pasó por la universidad; así como descartar a aquellos que, atravesando la universidad, no participan más allá de ese paso del mundo efectivo de las prácticas intelectuales de elite (el caso de los egresados dedicados al ejercicio de su profesión o a la función pública).

Respecto de la composición de esta elite (nos referimos aquí al origen étnico, antigüedad, posición social, aspectos socio-ocupacionales, etc.) encontramos un panorama en cierta medida similar al del resto de las provincias. En primer lugar, la

¹¹ El Censo Provincial de 1890 dio como resultado 65.472 habitantes (BOIXADOS, M. C. “La ciudad en disputa...” op. cit.). Desconocemos qué proporción habitaba en la ciudad.

¹² FERREYRA, A. I., *Elite dirigente y vida cotidiana...* op. cit.

¹³ ROMANO, S. y AYROLO, V., “¿Corporaciones, familias o 'partidos'...” op. cit.

¹⁴ LOPEZ, M. V., *Elite letrada y alta cultura en el fin de siglo...* op. cit.

¹⁵ BEATO, G. (comp.), *Grupos sociales dominantes...* op. cit.

¹⁶ AGULLA, J. C., *Eclipse de una aristocracia...* op. cit., 1968.

¹⁷ AGÜERO, A. C., *Local/Nacional. Córdoba: cultura urbana, contacto...* op. cit., p. 86.

¹⁸ Nos referimos aquí al corpus de trabajos que analizan los casos latinoamericanos y argentinos, como ALTAMIRANO, C., “Introducción general...” op. cit., e ALTAMIRANO, C., *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, 2006; HALPERIN DONGUI, T., “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica” (pp. 41-63), *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, 1998; MYERS, Jorge: “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX” (pp. 29-50), en C. ALTAMIRANO (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo I, Buenos Aires, 2008.

componían los descendientes de familias de origen colonial, y es importante mencionar aquí que entre éstas se consideraba tanto a las descendientes directas de los conquistadores y primeros encomenderos como a familias criollas y de peninsulares dedicados al comercio que emergieron en la segunda mitad del siglo XVIII y que marcaron el ocaso de aquéllas. En segundo lugar, integraban también la elite finisecular ciertas familias surgidas en el transcurso del siglo XIX, fundadas por criollos que hicieron fortuna o ascendieron socialmente con la “carrera de la revolución” en las primeras décadas o el auge agropecuario de mediados de siglo, o bien por inmigrantes tempranos, llegados antes de la gran oleada inmigratoria de fines de siglo. Por último, la formaban también familias de origen extranjero llegadas luego de 1870, integradas a través del matrimonio y los negocios con la elite criolla. Es decir, las diferencias son tanto de antigüedad como de origen, a lo que se debe sumar sus diferentes bases principales de poder social, si bien muchas de las familias participaban de los negocios, la política y la cultura locales.

Esta composición general basada en tres grandes ramas (colonial, siglo XIX e inmigrantes de fin de siglo), como dijimos, es común a las elites argentinas, si bien hay grandes diferencias de predominio entre regiones: en Salta, por ejemplo, las familias coloniales retuvieron mucho de su poder y prestigio en la etapa independiente y eran aún las principales a fines del siglo XIX, mientras que en Buenos Aires, por el contrario, el origen colonial era verdaderamente escaso entre la elite.¹⁹ En Córdoba, en nuestro periodo en estudio, ¿qué peso relativo tenían estas tres ramas? Aunque carecemos de datos precisos, al parecer las familias de origen colonial eran, a fines del siglo XIX, minoritarias, y su peso simbólico se había atenuado:

“...los restos dispersos de antiguas familias, “de la nobleza” (...) tenían que dedicarse a trabajos manuales e industrias menores (...) pero aún en medio de la pobreza y de la miseria, conservaban como fuego sagrado las tendencias antiguas, que ya sólo podían vivir como tradiciones en los archivos.”²⁰

En su libro *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y las costumbres en el Interior*, publicado en 1898, el escritor y periodista porteño J. M. Eizaguirre podía considerar “extinguidas” a casi todas las familias que florecieron en la época colonial, reforzando esta idea con el señalamiento de sus esfuerzos por conservar las tradiciones y “pergaminos”. Sin embargo, al mismo tiempo, todavía se reconocía a sus miembros y es fácil identificar entre estos apellidos a muchos de los principales en el ámbito político:

¹⁹ LOSADA, L., *La alta sociedad en la Buenos Aires... op. cit.*, 2008, e *Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, 2009.

²⁰ EIZAGUIRRE, J. M., *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y las costumbres en el Interior*, Córdoba, 1898, p. 79.

“En cuanto a familias, figuran aquí algunas que tienen todavía su *origen en la época colonial* y con tradición nacional, como la de Allende, Rodríguez y Malbrán, de Funes, (Cortés Funes, Funes Garay, Tomás Funes, Pedro E. Funes, etc. – familias distintas é igualmente distinguidas descendientes respectivamente de las familias de don Ambrosio Funes, del doctor José Roque Funes, de don José Garay, Juan Pablo Bulnes, etc., etc.), de Savid, de San Millán, de Pueyrredón, de Deheza, de Fragueyro, de Campillo (rama de las coloniales de del Signo, Grimau, etc.), de Bustos, de Ocampo, de Vázquez, de Román, de Rueda, de Garzón Maceda, de Vélez, de Achával, del Viso, de Cabrera, de Crespo, de González, de Bustamante, de Roldán, de García Montañó, del Corro, de Bouquet, de Agüero, de Posse, de Juárez, de Centeno, de Díaz, de Jofre, de Lastra, de Pizarro, y cien o doscientas más que como éstas, o tienen su origen en la colonia o son de figuración más moderna pero vinculadas a aquéllas.”²¹

Por otro lado, la situación de los inmigrantes era bastante diversa. En el plano económico, su integración fue en general satisfactoria, y en algunos casos sumamente exitosa. La actividad comercial ofrece un buen ejemplo: a fines del siglo XIX existían en la ciudad más de 250 casas minoristas y unas 15 mayoristas cuyos propietarios eran en su mayoría extranjeros (un 60%) y el resto argentinos; de los extranjeros, la mayoría eran italianos (40%) y españoles (26%).²² Estos inmigrantes recientes se integraron a las redes comerciales existentes mediante la formación de sociedades o por medios indirectos como alianzas matrimoniales, sin producir ruptura o competencia entre los dos grupos, aunque incorporaban nuevas formas de operar.²³ Un caso ejemplar de diversificación económica a partir del comercio es el de la familia Minetti, de origen italiano, que llegó a ser una de las familias económicamente más influyentes en la ciudad, abarcando diversos rubros. Por otro lado, la integración de los inmigrantes a la elite a través de diversas actividades económicas y del matrimonio tenía también sus límites. Según Szuchman, para inmigrantes emprendedores el comercio representaba la ocupación más viable y de fácil acceso, lo que no implicaba que fuera necesariamente la más provechosa o estable (de hecho, surge de su comparación de los censos de 1895 y 1914 que muchos de los llegados no permanecieron en la ciudad). Para el mismo autor, “las historias de éxito fueron pocas entre los inmigrantes en Córdoba y ninguna representó situaciones 'rags-to-riches' [de mendigo a millonario]: la gente que poseía grandes sumas de dinero o que había alcanzado gran éxito hacia el fin

²¹ *Ibid.*, p. 296.

²² Igualmente, de ese 60% de propietarios de comercios extranjeros no todos podían formar parte de la elite, y en los casos de quienes lograban una integración relativamente exitosa, debemos ver a qué fracción de elite se integraban.

²³ BEATO, G. (comp.), *Grupos sociales dominantes... op. cit.*

de sus vidas había operado sobre sólidas bases desarrolladas antes por sus ancestros".²⁴

En lo que respecta a los matrimonios interétnicos, el mismo autor revisa la extendida idea del "crisol de razas" decimonónico, y encuentra que en Córdoba, en cambio, aquellos fueron bastante escasos. Comparando los lugares de nacimiento de novios y novias, advierte que los europeos estaban igualmente bien dispuestos tanto hacia las argentinas como hacia las europeas: más del 52% se casaron con argentinas, mientras que 47,7% se casaron con europeas. Los criollos, por el contrario, eran reticentes a casarse con extranjeras: sólo el 10% (e independientemente de la condición socioeconómica). Gino Germani, en su clásico estudio *Política y sociedad en una época de transición*, enfatizó los bajos niveles de endogamia de ambos grupos en Buenos Aires, y los propuso como causas del "crisol". Szuchman sostiene que, en cambio, en Córdoba los argentinos permanecieron apartados, con un índice de endogamia del 98%, comparado con el 45% porteño. Ahora bien, si se analizan con mayor detalle las uniones de europeos, en principio igualmente dispuestos a casarse con europeas o argentinas, se encuentra que muchas de las novias eran argentinas *de primera generación* y que la nacionalidad de los padres coincidía con la de los novios. Así, aumentaba lo que Szuchman llama "endogamia por linaje"; es decir, que los casamientos interétnicos que sí ocurrieron, en realidad, fueron menos de los que parecen, porque muchas de esas argentinas eran hijas de extranjeros, que no se casaban con criollos y que mantenían la cultura y los vínculos familiares.²⁵ Asimismo, los que efectivamente se dieron son sumamente interesantes desde nuestra perspectiva, pues señalan la integración a la elite de inmigrantes sin demasiado capital económico pero sí portadores de un capital simbólico (la nacionalidad, por ejemplo) o cultural (como una profesión "artística") que la elite local criolla valoraba: por ejemplo, Andrés Raedemacker, profesor de música belga, se casó con Luisa Novillo, su alumna e hija de un próspero comerciante y propietario de tierras.²⁶ Otro caso similar parece ser el de Inocente Cárcano, italiano profesor de música y futuro padre de Ramón J., quien se casó con Ana César, hija de una familia de larga raigambre criolla. Se daba en esos casos la integración y el ascenso social a través del matrimonio, mientras que entre familias de comerciantes acaudalados la integración interétnica se daba dentro de una misma clase.

Elite social

Más allá del tamaño y la composición de la elite en Córdoba, el entrelazamiento y los fuertes vínculos intraelite efectivamente existentes no deben impedirnos advertir,

²⁴ SZUCHMAN, M., *Mobility and Integration in Urban Argentina...* op. cit., p. 52. La traducción es nuestra.

²⁵ Estas consideraciones se refieren a los estratos medios y altos de la sociedad. Cuando *ambos* cónyuges eran de clase baja aumentaba la fluidez étnica (SZUCHMAN, M., "The limits of the Melting Pot in Urban Argentina..." op. cit.).

²⁶ Citado en SZUCHMAN, M., "The limits of the Melting Pot in Urban Argentina..." op. cit.

en el giro de los siglos XIX al XX, una relativa diferenciación de esferas con lógicas propias que requieren de los individuos cualidades específicas para participar de ellas. Entre los aspectos que especialmente nos interesan, podemos ver que un mundo propiamente cultural se escinde progresivamente del social, formulando sus propios criterios de pertenencia.²⁷ Así, podemos reconocer actores diferenciados que no por ello dejan de integrar la elite como *colectivo*, prestando tanta atención a los denominadores comunes como a las cualidades específicas de cada esfera de la actividad. Quienes se destacaban en la economía también formaban parte de los círculos sociales más prestigiosos, y quienes cumplían roles políticos participaban a menudo de la vida cultural de la ciudad, generando cruces muy iluminadores de la composición de la elite. Pero, también, había ámbitos culturales vedados a aquellos cuyos únicos capitales eran los económicos y más permeables al ingreso de, por ejemplo, inmigrantes sin demasiado dinero pero portadores de un cierto capital cultural o simbólico; un indicio de esta permeabilidad es la presencia decisiva de impresores, editores y pintores, mayormente italianos, en ciertos círculos literarios y artísticos. La riqueza y el prestigio, entonces, aparecen como fuentes alternativas (y no siempre mutuamente excluyentes) de poder social.²⁸

Un testimonio contemporáneo del ingeniero Manuel E. Río, él mismo miembro de las elites que nos interesa caracterizar, proponía en 1901 una lectura de los estratos superiores de la sociedad local estructurada en grandes grupos, que reconocía estas diferentes bases de poder. Encabezaban su pirámide social los letrados, los “bachilleres, maestros, licenciados y doctores de la casa de Trejo”, a los que les seguían los

²⁷ Por otro lado, no parece evidente en Córdoba una “profesionalización” de la política que hiciera innecesaria la riqueza o la propiedad como *condición* para participar en la dirección de los asuntos públicos y que definiera una esfera política escindida e independiente de la económica, aunque esa sea ciertamente la tendencia. En el sentido de lo que venimos diciendo, diversos autores reconocen, en la línea de investigación abierta por *Revolución y guerra* de T. Halperin Donghi, que la transformación de las elites prerrevolucionarias, la emergencia de una nueva elite y la progresiva diferenciación de elites económicas y políticas se dio también en el Interior, aunque con diferencias respecto del modelo arquetípico porteño (BRAGONI, B., “Las elites provinciales en perspectiva: notas a propósito de un tema recurrente” (pp. 30-33), *Boletín Bibliográfico Electrónico* 6, 2010). En el mismo sentido, de manera esquemática, según Roy Hora los dos grupos que componían la naciente elite “nacional” tenían orígenes regionales y bases de poder distintos: el liderazgo de la elite socio-económica lo tenía la clase terrateniente (basada en la estancia pampeana), mayormente porteña; los “provincianos” dominaban la elite política, tras la “captura” del gobierno federal (citado en BOWER, S., “Political and socio-economic elites: the encounter of provincials with porteños in fin-de-siecle Buenos Aires” (pp. 379-403), *The Americas* 59 (3), 2003). Sobre la cuestión de la profesionalización de la política tras Caseros y la conformación progresiva de una elite “nacional”, sostiene Losada que influyeron en ello tanto las redes de relaciones personales como la misma consolidación institucional del Estado nacional, que se convirtió en la propia base de poder de la elite política. LOSADA, L., *Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista... op. cit.*, p. 108.

²⁸ Para Weber, la distribución del poder social caracteriza a una determinada sociedad. Para él, orden social y económico no son idénticos. El orden social es la manera en que el honor social o prestigio se distribuye entre grupos en una comunidad, y el orden económico es meramente la manera en que los bienes y servicios se distribuyen y usan; el orden social está condicionado, por supuesto, por el económico en alto grado, y a la vez incide en él. WEBER, M., “Class, Status, Party” (pp. 21-28), en R. BENDIX and S. MARTIN LIPSET (eds.), *Class, Status and Power*, Free Press, 1963, p. 21.

“estancieros” y los “pelucones” (comerciantes).²⁹ La base del prestigio de los primeros era el título universitario y, a partir de eso, el ejercicio de las profesiones liberales y la función pública; la fuente de riqueza de los otros era la tierra y el comercio y/o las rentas, respectivamente.³⁰ Esta estructura general fue retomada casi sin modificaciones por J. C. Agulla en su ya mencionado estudio *Eclipse de una aristocracia*, en el cual consideraba el título universitario como definitorio de esa “aristocracia” de Córdoba, habilitante del acceso tanto a la función pública como al matrimonio con miembros de esa elite (de ahí la denominación de “doctoral”).

Ambas caracterizaciones, una contemporánea a los fenómenos que nos interesa analizar, otra planteada desde la óptica sociológica de los años 60 del siglo XX, coinciden en situar en la cima de la sociedad a una elite letrada; coinciden también en señalar que ese sector no poseía grandes recursos económicos, siendo casi siempre superados en ese aspecto por “estancieros” y “comerciantes” (carentes, a su vez, del prestigio de los primeros, aunque también gozaban de respeto social). Un tercer punto de contacto entre ambas caracterizaciones parece ser su carácter de representación ideológica, de proyección de un lugar deseado para la elite doctoral.

Estas categorías, desde nuestra perspectiva, remiten a una imagen simplificada e interesada de la sociedad; “letrados”, “estancieros” y “comerciantes” refieren a grupos sociales más complejos en la realidad histórica: entre los letrados se cuentan aún algunos polígrafos (herederos del letrado colonial) y algunos profesionales especializados, así como profesionales sin actuación intelectual y funcionarios públicos; entre estancieros hay grandes diferencias entre las propiedades del noroeste (ligadas al antiguo camino real, en lenta decadencia desde comienzos del siglo XIX) y el sudeste de la provincia (que se integra progresivamente y con éxito variable al modelo agroexportador pampeano); en fin, en el grupo de los comerciantes conviven criollos de larga trayectoria con inmigrantes recién llegados, mayoristas (con llegada a las instancias oficiales de decisión) y minoristas. Además, tanto estancieros (o terratenientes) y comerciantes diversificaban, en cierta medida, sus inversiones, abarcando diversas ramas de la actividad económica. Está de más aclarar que algunos miembros del grupo de los letrados tenían propiedades y se involucraban en actividades comerciales; así como entre estancieros y comerciantes se encontraban egresados de la Universidad (especialmente abogados, también ingenieros y médicos).

A partir de las definiciones de Río (tomadas como categorías nativas y hecha la salvedad de su carácter ideológico y simplificador), podemos considerar como *elite social en general* a todos los grupos que tanto él como Agulla ubicaban en la cima de la

²⁹ Luego de ellos venía el conjunto de “masas plebeyas”: “pardos”, “chinos”, “mulatos”, etc. RÍO, M., *Córdoba, su fisonomía y su misión. Escritos y discursos*, Córdoba, 1967.

³⁰ “Consideraciones históricas y sociológicas sobre la Provincia de Córdoba, deberes de la juventud en la época presente”, conferencia dada en el salón de la Biblioteca Pública de la Universidad de Córdoba el 30 de octubre de 1901. La misma descripción de la sociedad local en “Córdoba 1810-1910”, estudio publicado en La Nación el 25 de mayo de 1910. Ambas publicadas en RÍO, M., *Córdoba, su fisonomía y su misión... op. cit.*, 1967.

sociedad: “letrados” (y agregaríamos aquí a sacerdotes, artistas y otras figuras, no estrictamente letrados universitarios –precisamente, otras figuras intelectuales), “estancieros” y “comerciantes”; es decir, que integraban la elite como colectivo teniendo bases de poder social diferentes. A la vez, estancieros y comerciantes nunca alcanzarían, por *esas actividades*, el prestigio de los letrados.³¹

Tomando en consideración esas distintas situaciones, antes que por una situación económica parece conveniente identificar a la elite social como colectivo a partir de lo que comparte: estancieros y comerciantes pueden llegar a compartir con los letrados un conjunto (relativamente preciso) de prácticas de sociabilidad distinguida, gustos, consumos y convenciones que definen un *estilo de vida*, con relativa independencia de condiciones económicas o políticas.³² Ejemplos de esas prácticas compartidas son la pertenencia a asociaciones recreativas como el Club Social (en cuyas listas de socios se pueden observar fácilmente representantes de los tres grupos) o el Crisol Club; los consumos, por ejemplo, de la ropa y los muebles de moda; la asistencia a los mismas confiterías, retretas, bailes. Ahora bien, pueden compartir (o llegar a compartir) dicho estilo de vida porque éste se funda siempre en lo que Bourdieu llama la *distancia de la necesidad*, una distancia objetiva y subjetiva de la urgencia práctica que los distingue como colectivo de los sectores populares y reintroduce, en definitiva, un criterio económico.³³ Para Weber, el estilo de vida es expresión de un grupo de estatus antes que de una clase; este grupo de estatus (o estamento) no necesariamente coincide con la clase económica ya que pueden integrarlo, y de hecho muchas veces lo hacen, individuos con grandes diferencias de riqueza, como en este caso.³⁴

Elite intelectual

Ahora bien, la fracción específicamente cultural-intelectual que se recorta de esa elite social no coincide exactamente con la acepción epocal de los “letrados”, ya que también involucra a quienes no necesariamente pasan por la universidad: periodistas, escritores, artistas (pintores, músicos, ilustradores), críticos, ciertos impresores y editores, ciertos sacerdotes, y deja fuera a quienes, habiendo pasado por esa institución, no participaban más allá de ese paso del mundo efectivo de prácticas cultural-intelectuales.³⁵

³¹ En este sentido, ambos grupos pueden considerarse desde un punto de vista puramente económico como una *clase* en términos weberianos: definida por su situación en el mercado. WEBER, M., “Class, Status, Party...” op. cit., p. 21.

³² *Ibid.*, p. 24.

³³ BOURDIEU, P., *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, 2000, pp. 53, 177.

³⁴ Es importante recordar, como señala Weber, que “clases” y “estamentos” son categorías de análisis, y que no se excluyen ni oponen necesariamente: “...el honor puede también relacionarse con una situación de clase: las diferencias de clase pueden combinarse con las más diversas diferencias estamentales y (...) la posesión de bienes en cuanto tal no es siempre suficiente, pero con extraordinaria frecuencia llega a tener a la larga importancia para el estamento”. WEBER, M., “Class, Status, Party...” op. cit., p. 687.

³⁵ AGÜERO, A. C., *Local/Nacional. Córdoba: cultura urbana, contacto...* op. cit.

Quizás una manera de comenzar a abordar esa fracción sea a partir de sus prácticas y no de una definición a priori (en el sentido simplificador de igualar la noción de “intelectuales” a una categoría profesional, o a una práctica específica, que los equipare a “universitarios” o “escritores profesionales”, por ejemplo). De tal manera, diversas profesiones (abogados, médicos, científicos, profesores), oficios (periodistas, escritores y críticos, artistas), actividades y placeres ociosos (consumo y cultivo de “bellas artes” y “bellas letras”) delineaban en el giro de siglo un conjunto de individuos que se autoconsideraban y eran reconocidos, al menos por un sector de la sociedad, como figuras intelectuales. Es importante recordar aquí que ese reconocimiento “no se extiende por igual a todos los que ejercen funciones y labores intelectuales en la vida social” y que pueden existir diversos criterios para su otorgamiento.³⁶

Las profesiones liberales tenían su centro en la Universidad, que delimitaba sin dudas el primer anillo intelectual en la ciudad, e inmediatamente después, su facultad más antigua, la de Derecho. A los juristas se habían sumado, en 1869-1870, los científicos alemanes nucleados en la Academia de Ciencias. Los médicos, por su parte, contaban con su propia Facultad desde 1877 y los ingenieros con su Escuela (dependiente de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas) desde 1880. El título no garantizaba la existencia de vocaciones previas ni “intereses” intelectuales que trascendieran los límites de la práctica profesional. Para muchos retoños de la elite tradicional, como ha señalado Agüero, la Facultad de Derecho era el paso ineludible para el ejercicio de la función pública, la magistratura o la política.³⁷ La creación de las otras Facultades abrió un poco el panorama, ampliando la oferta de la educación superior y, así como había “científicos prácticos aptos para una aptoteca y otros que llenaban grandes tomos con los resultados de sus expediciones”,³⁸ había médicos interesados por las “bellas letras” y “bellas artes” que se sumaban a asociaciones culturales como el Ateneo de Córdoba, y otros que no lo hacían; había también científicos y abogados que juzgaban en materias artísticas, jueces que presidían asociaciones culturales.

Por su parte, los *oficios* intelectuales en el giro de siglo eran aquellos vinculados a la práctica de las artes (pintores, escultores, músicos) o de la escritura: los periodistas, los críticos de arte, los escritores, figuras en gran medida indistintas aún pero con una pretensión de profesionalización decisiva y distintiva del arquetipo del escritor-*gentleman* de los '80 propuesto por Viñas³⁹ y que reclamaban una especificidad intelectual propia y desligada de la Universidad. Su visibilidad pública crecía en paralelo a la de su principal medio de vida, la prensa diaria. En Córdoba, la temprana

³⁶ ALTAMIRANO, C., “Introducción general...” op. cit., p. 13.

³⁷ AGÜERO, A. C., “Trayectorias divergentes. Derecho, Universidad y cultura en el giro de siglo cordobés” (pp. 6-15), *Miradas Alternativas. Revista de ciencias sociales* 4, Centro de Documentación Histórica del Archivo del Poder Judicial, Córdoba, 2008.

³⁸ AGÜERO, A. C., *Local/Nacional. Córdoba: cultura urbana, contacto...* op. cit., p. 85.

³⁹ Según la propuesta de VIÑAS, D., *Literatura argentina y realidad política, de Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, 1971.

creación del Círculo de la Prensa (1898), amparado en sus comienzos por el Ateneo, indica la presencia y consistencia de este grupo, en el que se puede reconocer cierta convivencia de figuras y roles entre el periodista, el crítico y el *escritor-artista* que, viviera o no de las letras, definía su figura pública a partir de esa actividad.⁴⁰ Años más adelante, el Círculo de Autores creado en 1914 mostrará la especificación de sus integrantes, reuniendo a dramaturgos jóvenes, mayormente estudiantes de la Universidad vinculados a la prensa local.

Dos de los miembros del Círculo de la Prensa ejemplifican bien algunos rasgos de los oficios intelectuales del giro de siglo: José Eizaguirre y José Bianco, porteño uno y cordobés el otro, eran periodistas con pretensiones de escritores, que se pensaban como “artistas” obligados a convertirse en “artesanos”, es decir, a vivir del periodismo, según el negativo diagnóstico del mercado literario local realizado por el primero.⁴¹ Ambos publicaban regularmente en las columnas de los diarios *Los Principios* y *La Libertad*, respectivamente, pero también tentaron la edición de sus obras literarias. Bianco, quien además era docente, era también un enconado defensor de la poesía modernista y se concebía a sí mismo como “precursor” de la crítica literaria “moderna”, a la que definía como “ciencia experimental”. La crítica no podía hacerse sólo con un diccionario, sostenía en referencia a la crítica erudita clásica, sino que implicaba la consideración de las “circunstancias” del autor además del estudio minucioso de las obras.⁴² Contra este programa de la crítica moderna, persistía una visión sobre ella como actividad *snob*, pretenciosa y vacía, una vez más ejemplarmente representada por *Gil Guerra*:

“Todo el mundo es crítico

El progreso de los tiempos es evidente. Entre otros signos exteriores y visibles de ese *progreso*, ahí están los diarios y en ellos, es decir, escribiendo en las redacciones de ellos, esos cronistas omniscientes y clarovidentes que con igual frescura juzgan ex-chátedra una obra de arte o que ven cosas que no existen o no han acaecido todavía. Teníase por indudable que para ser *crítico de arte* para juzgar y fallar en *materias artísticas*, necesitabase ser artista; pero esto creíase *en lo antiguo* los *modernos lo hemos arreglado* de manera más cómoda. Todos somos críticos aunque el arte no parezca. Ahora la novísima generación de *críticos* suplen la observación con la fraseología y el tino en el juzgar... algunas veces con agudeza (*jmenos mal!*)

⁴⁰ HALPERIN DONGUI, T., “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica...” op. cit.

⁴¹ Como sostiene Bourdieu, “la relación que mantienen con el mercado literario y artístico (...) constituye el principio de la representación ambivalente que los escritores y artistas -forzados a percibirse, más o menos claramente, en su verdad objetiva, es decir como productores de mercancías- se hacen de ese 'gran público', a la vez fascinante y despreciado...”. BOURDIEU, P., “Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase” (pp. 23-42), *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, 2007, p. 32.

⁴² BIANCO, J., *Recortes. Colección de artículos publicados en diarios y revistas*, Córdoba, 1900.

y casi siempre abusando del énfasis y la hinchazón.”⁴³

En el rechazo de *Gil Guerra* se pueden percibir algunas cuestiones, como la emergencia de espacios (las redacciones de los diarios, por ejemplo), actividades (la crítica) y figuras nuevas y específicamente intelectuales.

Por otro lado, muchas de las prácticas vinculadas a los oficios “de letras” antes descriptos podían ser también otra cosa y estar vinculadas a ciertos tipos de consumos y *cultivos* culturales en sentido amplio y no profesional. El manejo elevado del lenguaje (las “bellas letras”) y el cultivo y el consumo de las “bellas artes” también gozaba de cierto reconocimiento como actividades o placeres de tipo intelectual (la escritura de memorias, la práctica *amateur* de una disciplina artística, la asistencia a eventos literarios y artísticos, la frecuentación del teatro, el conocimiento de idiomas, etc). El Ateneo, nuevamente, es buen ejemplo de esto. La “numerosa concurrencia” que según la prensa llenaba noche a noche sus salas de exposiciones y asistía a sus audiciones musicales no se componía sólo de los artistas, escritores, científicos y académicos que integraban su nómina de socios. Estas instancias ampliaban el público a las familias, las “damas” y las “señoritas” de la elite local quienes eran en la mayoría de las ocasiones las ejecutantes, ocupando sólo desde esos roles secundarios papeles “centrales” en la representación. La entrada de las mujeres en este mundo cultural-intelectual sólo era posible ocupando lugares subalternos (público, alumna, aficionada, organizadora material de los eventos). En esas instancias, además, se conjugaban exitosamente cultura y vida social, cultivo de aficiones artísticas y de relaciones mundanas, en un contexto en el que la construcción de la distinción social ya no se basaba únicamente en el dinero o la posición política; debilitados esos mecanismos tradicionales, crecía el prestigio asociado a la “alta cultura”, aunque ella ya no pasara única o necesariamente por la Universidad.

Mientras para las jóvenes mujeres de la elite se reservaba el lugar de aficionadas a la música o la pintura (y para las mayores, casi exclusivamente la beneficencia), los hombres de todas las edades podían “dar rienda suelta” a su inspiración literaria o poética. Son numerosos los miembros de la elite que consagraban esfuerzos a la escritura sin por ello pretenderse escritores (a diferencia de Bianco y Eizaguirre), sino como placeres orientados a “cultivar el espíritu”. Así, por ejemplo, una velada literaria especialmente concebida como celebración de la poesía y el idealismo en el arte, ofrecida por el mismo Ateneo a Rubén Darío cuando éste visitó Córdoba en 1896, pudo reunir en su programa a muy diversos oradores. Además del homenajeado, leyeron sus *literarios* discursos un abogado (Garro), un aspirante a escritor (Romagosa) y un profesor del Montserrat (Lascano Colodrero). La poesía de este último es un buen ejemplo de ese cultivo no profesional de la literatura, así como sus numerosos artículos

⁴³ *Los Principios*, 23/4/1897. Destacados en el original.

literarios, de crítica y discursos publicados en la prensa.⁴⁴

.....

¿Quiénes eran, entonces, los “intelectuales” en Córdoba en el giro de siglo? La elite intelectual aparece como una fracción especificada de la elite social en general en función de diversos elementos y, en parte, la desborda, producto de la incorporación de nuevas figuras portadoras de capitales específicamente culturales. En el giro de siglo, son varios los criterios que conviven en el reconocimiento del carácter intelectual: de él gozaban algunas profesiones, pero no todos sus miembros; entre ellas, derecho llevaba el primer lugar, ganado por antigüedad y predominio en el mundo cultural local, seguidos por ciertos médicos e ingenieros. Pero no eran los únicos con pretensiones de reconocimiento intelectual. Periodistas, críticos y escritores, expertos en el manejo de la palabra escrita también lo reclamaban, mientras que las prácticas y consumos culturales consideradas en tercer lugar rechazaban la profesionalización y, más bien, defendían su “desinterés” y su carácter espiritual. Mientras que escritores, periodistas y críticos se consolidan y diversifican en las primeras décadas del siglo XX, el cultivo amateur y el consumo de las bellas artes conservarán por mucho tiempo su poder de distinción.

Reconocer los aspectos comunes que comparte la elite como colectivo y los rasgos propios de la fracción intelectual ayuda a pensar, más ampliamente, la constitución de un mundo de “alta cultura”, sólo parcialmente superpuesto al mundo social y más abierto y diverso y a la vez más específico, que no puede comprenderse sin considerar la historia y la composición de las elites en plural, sus diferentes bases de poder social, sus mecanismos de integración y exclusión, así como considerar su específica historicidad, sus temporalidades y ritmos.

⁴⁴ Su énfasis en el desinterés de la práctica recuerda lo planteado por Veblen respecto del consumo ostentoso, que debe serlo para cumplir su función simbólica y marcar, una vez más, esa separación de la necesidad que permite el desprecio por cualquier función material o pragmática de dichas actividades (esto ayuda a comprender, en parte, la frecuente oposición entre “espiritualismo” y “materialismo” presente en diversas zonas de la cultura del giro de siglo, especialmente las artes). VEBLEN, T., *Teoría de la clase ociosa*, 2000 [1899].